



*Madre de Dios*, 1961, tinta india sobre papel, 51.1 x 56.8 cm.

# Sonata del claro de luna

Yannis Ritsos

Traducción del griego: Selma Ancira

*(Una noche de primavera. La habitación grande de una vieja casa. Una mujer de edad, vestida de negro, habla a un hombre joven. No han encendido la luz. Por ambas ventanas entra una despiadada luz de luna. Olvidé decir que la Mujer de Negro ha publicado dos o tres interesantes colecciones de poesía de carácter religioso. Y bien, la Mujer de Negro habla al Joven):*

Déjame ir contigo. ¡Qué luna la de esta noche!  
Es generosa la luna — no se notará  
que mi cabello ha encanecido. La luna  
lo volverá rubio de nuevo. No notarás nada.  
Déjame ir contigo.

Cuando hay luna las sombras crecen dentro de la casa,  
manos invisibles corren las cortinas,  
un dedo silencioso escribe sobre el polvo del piano  
palabras olvidadas — no quiero oírlas. Calla.

Déjame ir contigo,  
déjame bajar un poco, hasta el muro de ladrillo,  
hasta el lugar donde da vuelta el camino y aparece  
la ciudad hormigonada y etérea, blanca a la luz de la luna,  
tan indiferente e inmaterial,  
tan verosímil y como metafísica  
que finalmente puedes creer que existes y que no existes  
que nunca has existido, que jamás ha existido el tiempo  
ni su degradación.  
Déjame ir contigo.

Nos sentaremos un momento en el banco, arriba, en lo alto,  
y cuando el soplo del viento de primavera llegue hasta nosotros  
podremos incluso imaginar que volamos,  
porque muchas veces, y aún ahora, confundo el susurro  
de mi falda  
con el susurro de dos fuertes alas que se agitan,  
y si me encierro en ese sonido de vuelo  
siento oprimida la garganta, las costillas, la carne,  
y así, hecha un ovillo, entre los músculos del cielo azul,  
entre los rigurosos nervios de la altura,  
poco importa si voy o si vuelvo  
ni tiene importancia que mi cabello haya encanecido  
(no es eso lo que me apena — lo que me apena  
es que no encanezca también mi corazón).  
Déjame ir contigo.

Sé bien que en el amor no se vive en soledad  
ni en la gloria ni en la muerte.  
Lo sé. Lo he probado. No ayuda.  
Déjame ir contigo.

Esta casa está embrujada, me expulsa —  
quiero decir que ha envejecido mucho: los clavos se desprenden,  
los cuadros se precipitan como si fueran a zambullirse en el vacío,  
el enlucido cae en silencio  
como cae de la percha el sombrero del muerto en el oscuro corredor  
como cae el desgastado guante de lana del silencio  
o como cae la cinta de luna sobre el viejo sillón desvencijado.

Alguna vez también fue nuevo — no ese retrato que miras con  
tanta desconfianza,  
hablo del sillón: tan cómodo que podías sentarte horas enteras  
y soñar cualquier cosa con los ojos cerrados:  
en una playa lisa, humedecida, barnizada por la luna,  
más lisa que mis viejos zapatos, que todos los meses llevo al  
lustrabotas de la esquina,  
o en la vela de una barca pesquera que se pierde en el horizonte  
mecida por su propio aliento,

una vela triangular como un pañuelo doblado al sesgo  
únicamente en dos  
así, como si no tuviera nada que encerrar o conservar  
u ondeara abierta del todo en señal de despedida. Siempre tuve  
locura por los pañuelos,  
no para tener algo atado,  
nada de semillas de flores o de manzanilla recogidas en los  
campos a la hora del atardecer  
ni para hacerle cuatro nudos como al casquete que usan los  
obreros de la construcción de enfrente  
ni para limpiarme los ojos — he conservado bien la vista;  
jamás he usado lentes. Un simple capricho — los pañuelos.

Ahora los doblo en cuatro, en ocho, en dieciséis  
para ocupar mis dedos. Acabo de recordar  
que así contaba la música cuando iba al Conservatorio  
con delantal azul y cuello blanco, con dos trenzas rubias,  
— 8, 16, 32, 64 —  
de la mano de una pequeña amiga mía de piel aterciopelada,  
toda luz y flores color de rosa,  
(perdóname estas palabras — es una mala costumbre) — 32, 64  
— y mis padres alimentaban  
grandes esperanzas en mi talento musical. En fin, te hablaba  
del sillón —  
desvencijado — al descubierto los herrumbrosos resortes, la paja —  
pensaba llevarlo a la mueblería de al lado,  
pero dónde encontrar el tiempo y el dinero y el ánimo — ¿en  
qué orden? —  
pensaba echarle una sábana encima: tuve miedo  
de la sábana blanca bajo este claro de luna. Aquí se sentaron  
hombres que albergaron grandes sueños, como tú y como  
yo antaño,  
que ahora descansan bajo tierra sin que la lluvia ni la luna los moleste.  
Déjame ir contigo.

Nos detendremos un poco en la cima de la escalera de mármol  
de San Nicolás,  
después tú descenderás y yo volveré

conservando en mi hombro izquierdo el calor del roce fortuito  
de tu americana  
y algunos rectángulos de luz de las ventanitas del barrio  
y la neblina blanquísima de la luna que será como un largo  
cortejo de cisnes plateados —  
y tampoco temo esa expresión porque yo,  
muchas noches de primavera, en otra época, he conversado con  
Dios, que se me apareció  
vestido con la niebla y la gloria de un claro de luna como éste,  
y a Él sacrificé muchos jóvenes, aun más bellos que tú,  
así, pura e inalcanzable, evaporándome en mi llama blanca, en  
la blancura del claro de luna,  
abrasada por la insaciable mirada de los hombres y por el  
éxtasis indeciso de los adolescentes  
cercada por magníficos cuerpos quemados por el sol,  
por fuertes miembros ejercitados en la natación, el remo, el  
atletismo, el fútbol (que yo fingía no ver)  
cercada por frentes, labios y cuellos, rodillas, dedos y ojos,  
pechos y brazos y caderas (y de verdad no los veía)  
— sabes, alguna vez, cuando te extasías, olvidas el porqué de tu  
éxtasis, te basta tu embeleso —  
dios, qué ojos como estrellas, y yo me elevaba entonces a una  
apoteosis de astros negados  
porque así, cercada por fuera y por dentro,  
no me quedaba otro camino que no fuera hacia arriba o hacia abajo.  
Y no, eso no basta.  
Déjame ir contigo.

Sé que ya ha pasado el momento. Déjame;  
tantos años y días y noches y mediodías púrpuras me quedé sola,  
inexorable, sola e inmaculada,  
aun en mi lecho conyugal inmaculada y sola,  
escribiendo versos gloriosos en las rodillas de Dios,  
versos que, te aseguro, quedarán como tallados en un  
mármol impecable  
más allá de mi vida y de la tuya, mucho más allá. No basta.  
Déjame ir contigo.

Esta casa ya no me tolera.  
Ni yo soporto su peso sobre mi espalda.  
Siempre hay que tener cuidado, andar con cuidado,  
sostener la pared con el gran aparador  
sostener el aparador con la viejísima mesa tallada  
sostener la mesa con las sillas  
sostener las sillas con las manos  
sostener el hombro bajo la viga que se desprendió.  
Y el piano parece un negro féretro cerrado. No te atreves a abrirlo.  
Todo el tiempo hay que tener cuidado, tener cuidado de que no  
se caiga, cuidado de no caerte. No puedo más.  
Déjame ir contigo.

Esta casa, a pesar de todos sus muertos, no piensa morir.  
Insiste en vivir con sus muertos  
en vivir de sus muertos  
en vivir de la certeza de su muerte  
y aun en acomodar a sus muertos en vetustas camas y libreros.  
Déjame ir contigo.

Aquí, por más suavemente que camine envuelta en la niebla  
de la noche,  
con pantuflas o descalza,  
algo se rompe: un vidrio se resquebraja o algún espejo,  
se oyen pasos — y no son los míos.  
Afuera, en la calle, quizá esos pasos ni se escucharían,  
el remordimiento, dicen, usa zuecos de madera —  
y cuando intentas mirar este espejo o el otro,  
mirar más allá del polvo y de las grietas,  
distingues tu rostro más apagado y más desencajado  
tu rostro — que sólo pedías a la vida conservarlo lozano e intacto.

Con el claro de la luna el borde del vaso brilla  
como redonda navaja — ¿cómo llevarlo pues hasta mis labios?  
Por más sed que tenga — ¿cómo llevarlo hasta mis labios? — ¿Ves?  
Aún me queda humor para comparaciones, no lo he perdido,  
y eso me da la certeza de que todavía estoy aquí.  
Déjame ir contigo.

A veces, cuando cae la noche, tengo la sensación  
de que detrás de las ventanas pasa el domador de osos con su  
viejo y pesado oso gris  
el pelaje todo púas y cardos  
levantando polvo en la calle del barrio  
una solitaria nube de polvo que inciensa el crepúsculo;  
los niños han vuelto ya a sus casas para la cena y no los dejan  
salir más  
a pesar de que detrás de las paredes adivinan el paso del viejo oso —  
y el oso, cansado, marcha en la sabiduría de su soledad, sin  
saber hacia dónde ni por qué —  
ha engordado, ya no puede bailar sobre sus patas traseras  
ni puede usar sus gorritos de encaje para divertir a los niños,  
los holgazanes, los exigentes,  
y lo único que quiere es echarse en el suelo  
dejándose patear en el estómago, jugando así su último juego,  
mostrando su terrible poder de renuncia,  
su insumisión ante los intereses de los otros, ante las anillas que  
lleva en los labios, ante las necesidades de sus dientes,  
su insumisión ante el dolor y ante la vida  
con la certeza de la muerte — aunque sea la muerte de un oso —  
su insumisión final ante la muerte con la continuación y el saber  
de la vida  
que él eleva con conocimiento y experiencia por encima  
de su esclavitud.

¿Pero quién puede jugar ese juego hasta el final?  
Y el oso de nuevo se levanta y marcha  
sometiéndose a su collar, a sus anillas, a sus dientes,  
sonriendo con sus destrozados labios a las míseras monedas  
que le lanzan los hermosos niños que nada sospechan  
(hermosos justamente porque nada sospechan)  
y agradeciendo. Porque los osos que envejecen  
lo único que han aprendido a decir es: gracias, gracias.  
Déjame ir contigo.

Esta casa me asfixia. La cocina  
es como el fondo del mar. Las pequeñas cafeteras colgadas brillan

como enormes y redondos ojos de peces quiméricos,  
los platos se mueven lentamente como medusas,  
algas y conchas se aferran a mi cabello — no logro arrancarlas,  
no consigo alcanzar la superficie —  
la bandeja se me cae de las manos en silencio — me desplomo  
y veo las burbujas de mi respiración subir, subir  
e intento divertirme mientras las miro  
preguntándome: si alguien se encontrara arriba y viera esas  
burbujas, ¿qué diría?  
¿alguien se ahoga o un buzo estudia las profundidades?

Y en verdad no son pocas las veces que descubro allí, en el  
fondo del ahogo,  
corales y perlas y tesoros de barcos naufragados,  
inesperados encuentros pasados y presentes y futuros,  
casi una confirmación de la eternidad,  
cierto alivio, cierta sonrisa de inmortalidad, como suele decirse,  
cierta felicidad, embriaguez, y también entusiasmo,  
corales y perlas y zafiros;  
sólo que no sé darlos — no, sí los doy;  
sólo que no sé si pueden aceptarlos — y sin embargo los doy.  
Déjame ir contigo.

Un momento, voy a buscar mi abrigo.  
El tiempo es inestable, sea como sea, hay que cuidarse.  
Hay humedad por la noche, y la luna  
¿no te parece que la luna aumenta el frío?

Déjame abrocharte la camisa — qué fuerte tu pecho,  
— qué luna tan fuerte — digo, el sillón; — si levanto la taza  
de la mesa  
queda un agujero mudo, y entonces pongo de inmediato la  
palma de mi mano encima  
para no verlo: dejo de nuevo la taza en su lugar;  
también la luna es un agujero en el cráneo del universo — no mires,  
es una fuerza magnética que te atrae — no mires, no miren,  
óiganme lo que les digo — caerán dentro. Este vértigo  
atractivo, ligero — caerás —

la luna es un pozo de mármol,  
sombras que se mueven y alas mudas, y voces misteriosas —  
¿no las oyen?

Honda — honda la caída,  
honda — honda la ascensión  
etérea estatua compacta dentro de sus alas abiertas,  
hondo — hondo el implacable beneficio del silencio —  
luces parpadeantes de la otra orilla, como cuando te meces en  
tu propia ola,  
aliento del océano. Bello, ligero  
este vértigo — ten cuidado, caerás. No me mires a mí,  
mi lugar es la indecisión — soberbio vértigo. Así todas las tardes  
tengo un poco de dolor de cabeza, ciertos mareas.

A menudo vuelo a la farmacia de enfrente por una aspirina,  
otras veces de nuevo me vence la desidia y me quedo con mi  
dolor de cabeza  
a oír entre las paredes el ruido sordo que producen  
las tuberías del agua,  
o me preparo un café y, siempre distraída,  
me descuido y preparo dos — ¿quién se tomará el otro? —  
un poco en broma, lo dejo en el alféizar para que se enfríe  
y llega a ocurrir que me bebo el segundo, mirando a través de la  
ventana la luz verde de la farmacia  
como el faro verde de un tren silencioso que viene para llevarme  
con mis pañuelos, mis zapatos deformados, mi bolsa negra,  
mis poemas,  
sin ninguna maleta — ¿qué haría con ellas?  
Déjame ir contigo.

Ah, ¿te vas? Buenas noches. No, no iré. Buenas noches.  
Yo saldré dentro de poco. Gracias. Porque, finalmente, debo  
salir de esta casa despedazada.  
Debo ver un poco la ciudad — no, no la luna —  
la ciudad con sus manos callosas, la ciudad del salario,  
la ciudad que jura por su pan y por su puño  
la ciudad que a todos nos soporta sobre sus espaldas





*Sin título (autorretrato), 1962, acuarela sobre papel, 28 x 27.3 cm.*